ASESINATO

DE MONSEÑOR SIBOUR,

ARZOBISPO DE LA DIOCESIS DE PARIS,

POR

JUAN LUIS VERGER.

¿Quién no recuerda aquel dia terrible, que sucedió á tres dias de lucha fratricida, en que inundado París en sangre y cubierto de ruinas, escuchaba toda una poblacion ansiosa, las últimas detonaciones del cañon, los últimos ecos de la guerra civil?

Súbitamente, cuando ya circulaba por las calles esta voz consoladora; «todo terminó,» se levanta un rumor nuevo que dice: «Monseñor, el arzobispo de París ha sido asesinado.»

Despues de tantas desgracias públicas y privadas, esta última produjo en todos los corazones una impresion fúnebre. Esta sangre que debia ser la *última que se derramara*, esta sangre de la víctima espiatoria y voluntaria, fue como el rescate de los vencedores y de los vencidos, y los espíritus mas opuestos se unieron para esperimentar un mismo sentimiento de dolor y de indignacion. Pero al menos el golpe que hirió á monseñor Affre, no fue revindicado por nadie, y pareció como que esta ilustre víctima habia sucumbido con la misma guerra civil.

Ocho años despues, el 3 de enero de 1857, circulaba este mismo rumor lúgubre: «Monseñor, el arzobispo de París ha sido asesinado.» Pero esta vez todo París se hallaba entregado á las fiestas y regocijos de año nuevo: mil tiendas al aire libre se disputaban los compradores, los teatros iban á llenarse, y una multitud elegante se estrechaba ya á las puertas del de la Gaité, á donde habia anunciado el Emperador su visita.

Monseñor Sibour, sucesor de monseñor Affre en la sede arquiepiscopal de París, era amado y venerado de todos, por su afectuosa sencillez, por su caridad verdaderamente evangélica, por su espíritu verdaderamente liberal y tolerante. Agradecíasele en los partidos mas opuestos, aquel espíritu de moderacion conciliadora que habia desplegado en las funciones tan delicadas de su santo ministerio. Recordábase con reconocimiento los esfuerzos intentados felizmente para pacificar las querellas religiosas, la institucion de la *Fiesta de las escuelas*, cuyo objeto era atraer suavemente á la fe los entendimientos mas rebeldes y reunir en una misma bandera los partidarios de la libertad progresiva y los de la religion inmutable.

Así, la noticia fatal halló en un principio muchos incrédulos. ¿Quién habia podido cometer tan horrendo crímen? ¿Era una venganza particular? Pero monseñor Sibour no tenia enemigos. Bien pronto se supo que el asesino era un sacerdote, lo que fue motivo de nueva consternacion. Era un sacerdote, en efecto; pero muy en breve se añadió que estaba loco.

Gran consuelo hubiera sido la demencia del hombre capaz de consumar tamaño crímen. El sagrado ministerio del sacerdote es de un órden tan elevado á los ojos de la opinion pública, que en sentir de algunos, las miserias y los crímenes de la humanidad, no deben jamás subir hasta el punto de alcanzarle. Otros, afectados sobrado vivamente de la falta de un solo hombre, hacen con demasiada ligereza responsable de ella á todo el órden del sacerdocio, olvidando por uno solo que se estravía, las virtudes de todos los que viven ignorados, haciendo bien.

Existe, en esta comparacion indicada por el buen sentido mas vulgar, entre la multitud innumerable de sacerdotes dignos de su sagrado carácter y algunas individualidades tumultuosas que le deshonran, algo que nos consuela y tranquiliza en el momento que comenzamos la narracion de este drama sangriento.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación